

mos de la familia real y embajadas al extranjero. A su bordó debía volver el Emperador á Francia. Los registros del brique anotaban 60 tripulantes, comprendida la oficialidad; la *Carolina* tenía 16, la *Mosca* y la *Abeja* 8 cada uno, y la *Estrella* 15. Sin embargo, todas estas tripulaciones se reclutaron con mucho trabajo y apenas se completaron, pues los marineros elbenses no quisieron dejar el comercio de cabotaje, por lo que fué preciso admitir marineros de Caprera y Génova. Los 20 marinos de la Guardia disciplinaron las tripulaciones y les dieron algo de cohesión.

Para las excursiones por la rada á lo largo de la costa se reservó el Emperador, para su exclusivo servicio, los dos botes *Hochard* y *Usher*, regalo este último, como indicaba su nombre, del capitán de la fragata inglesa.

Del ministerio de la Gobernación, desempeñado por el general Bertrand, dependían el intendente de la isla, el director de Propiedades, el tribunal de comercio, los jueces municipales, el tribunal de primera instancia (presidido por un genovés), otro de apelación, el tribunal supremo y el Consejo de Estado. Todos estos funcionarios se paseaban gozosos por las calles de Porto-Ferrajo, luciendo los bordados y galones del uniforme. El gran mariscal quedó encargado de transmitir las órdenes del Emperador, instruir á los ineptos y comprobar las cuentas de los proveedores, para que Peyrusse las pagara, previa aprobación de S. M., que prohibió satisfacer ni un céntimo sin este requisito.

* * *

La soberanía necesita dinero para no desdorar su representación.

El 10 de Abril, en Fontainebleau, echó de ver Peyrusse que sólo quedaban en caja 488.913'16 francos y solicitó del Emperador las convenientes órdenes para ir á recoger en Orleans, mientras hubiese tiempo, los restos del tesoro de las Tullerías; pero hasta la mañana siguiente no pareció darse cuenta el Emperador de la realidad de su situación, y atemorizado por la idea de quedarse sin dinero, entregó á Peyrusse una carta para María Luisa, ordenándole que partiera.

Llegado el 12 á Orleans, díjole la Emperatriz que la antevíspera había enviado el gobierno provisional á reclamar el tesoro y que el oficial de la gendarmería, bajo cuya custodia estaban los furgones, lo había entregado.

Contenían éstos unos diez millones, propiedad personal del Emperador, que los había economizado de su lista civil, 400.000 francos en alhajas, tres millones en vajilla de plata y plata dorada, y el ropero imperial con los mantos y trajes de corte. El agente del gobierno provisional consintió en dejar á la emperatriz María Luisa seis millones, que ésta se mostró dispuesta á partir con su marido.

En consecuencia, entregó á Peyrusse 2.580.002 francos y se llevó presurosamente lo restante á su retiro de Rambouillet.

No estuvo exenta de peligros esta contradanza de millones á través de un país infestado de enemigos. Peyrusse escondió las cajas bajo una capa de estiércol y para sacarlas de Orleans esperó la llegada de dos batallones de la Guardia, que, conducidos por Cambronne, se dirigían á marchas forzadas en busca de la Emperatriz. Vuelto á Fontainebleau, partió nuevamente para Rambouillet, en donde María Luisa, que no contaba ya con otros recursos, le entregó en cortas sumas hasta 911.000 francos más.

Por consiguiente, el Emperador marchó á la isla de Elba con un capital de 3.979.915'16 francos.

De esta suma se cercenaron 30.000 francos por gastos de cancellería á cuenta del Tratado de Fontainebleau, 58.299'63 por gastos de viaje y gratificaciones, y 60.000 francos fueron robados en Fréjus en la noche del 26 de Abril (1). Al desembalar las cajas, en Porto-Ferrajo, un cabo de la milicia nacional elbense robó 20.000 francos. Hasta cinco meses después no se supo quién había sido el ladrón, que se delató por la multitud de misas que mandaba decir en las iglesias y por sus desconsideradas compras de pieles y telas. Advertido Peyrusse, le mandó prender por el comisario de policía y que le pusieran

(1) PEYRUSSE, p. 248, y *Apéndice*, p. 16 y 133; DURAND, p. 243.—Entre estos gastos de viaje y gratificaciones se cuentan 4.200 francos á la tripulación de la *Undaunted* y 1.200 á las de los transportes que condujeron á la Guardia, el 26 de Mayo. El robo de Fréjus ocurrió en la noche del 26 al 27 de Abril. Mientras el Emperador pernoctaba en Bouillidou, el equipaje siguió hasta Fréjus y desaparecieron 60 000 francos de la caja del interventor Colin. No fué posible descubrir al ladrón.

esposas. El cabo confesó entonces que, estando de guardia junto á las cajas, había dado con el pie á un paquete de veinte cartuchos de cincuenta napoleones cada uno, olvidados entre la paja, según afirmó, escondiéndoselos debajo del chacó, en la creencia de que «la Virgen le deparaba tan buena suerte». Se le encontraron todavía 16.960 francos entre las pajas del jergón.

La reserva, cuya cuantía era de 3.811.615'53 francos, se destinaba exclusivamente á necesidades eventuales, pues la pensión anual de dos millones de francos que el gobierno francés estaba obligado á pagar al ex Emperador, bastaba para la vida ordinaria.

Los gastos de administración pública (funcionarios civiles, clero, justicia, puentes y caminos y cobranza de impuestos) y los ingresos generales (contribuciones directas é indirectas, aduanas, sellos é impuestos varios) se equilibraban con 110.000 á 120.000 francos. Las rentas del Estado eran: las minas, 300.000 francos; salinas, 20.000; pesca del atún, 30.000; en suma, 350.000 francos capaces de aumento por mejora de explotación. Esta suma ingresaba íntegra en las arcas del Emperador, y, con los dos millones del gobierno francés, bastarían á los gastos de la casa real y al sostenimiento del ejército. Finalmente, más de medio millón de atrasos á cuenta de las minas y sobre otros capítulos le proporcionaban una suma inicial, con la que podía nutrir su presupuesto y atender á varios gastos suplementarios de instalación (1). El estado económico resultaba, pues, muy favorable.

El presupuesto de Guerra fué, desde luego, el más nutrido, y desde 1.º de Junio ascendió á la considerable suma de 689.317 francos. Por supuesto que el soberano de la isla de Elba no estaba en situación de declarar la guerra á nadie, con sus 1.592 soldados, pero le era preciso prevenir cualquier ataque, pues cuando se han concitado tantos odios sobre sí, resulta temeraria la excesiva confianza.

Las costas de la isla estaban erizadas de fuertes, levantados por sus diversos conquistadores. Se aumentó la guarnición de estos fuer-

(1) *Registro de la isla de Elba*, núms. 20, 32, 76, 100, 104; PONS DE L'H., p. 86 y 144; PEYRUSSE, p. 239 y 241, y *Apéndice*, p. 53.—Antes de la llegada del Emperador tenía ya Pons 229.000 francos, importe de la explotación de las minas. Sobre las contribuciones de 1813 había un atraso de 9.166 francos y el recaudador contaba en caja un saldo de 3.401'91 francos. El Emperador debía entregar estas cantidades al gobierno francés, pero se las reservaba á cuenta de la expoliación del tesoro de las Tullerías y de la renta anual de dos millones. Era, pues, un dinero que no devolvería jamás.

tes, se repararon sus desperfectos y se les proveyó de cañones y artilleros, escogidos de entre los soldados de la Guardia y los polacos de á pie. Subastáronse los antiguos armamentos y artillados, así como las provisiones averiadas (1). También se pensó en arrasar las ciudadelas de Porto-Ferraio y de Porto-Longone, á fin de construir defensas mucho más modernas.

Estos juegos militares eran para el Emperador un postrer respiro de la gran pasión de su vida. Fundó en Porto-Ferraio una Escuela militar al estilo de la Politécnica de París, con diez alumnos, cuyas familias satisfacerían 300 francos anuales de pensión. El uniforme se componía de sombrero negro con galón rojo, pantalón azul, botas de montar, espada con cinto blanco y charreteras de subteniente. Cobraría cada alumno 180 francos anuales de sueldo (2). Esto fué un atractivo más para los elbenses.

Los decretos menudeaban igualmente en el orden civil, y muchos de ellos sobre asuntos útiles. Se trataba de construir carreteras en la isla y establecer un lazareto para cuarentena de buques sospechosos, que convertiría en provecho de Porto-Ferraio el comercio de Liorna con África y los países orientales. Además, se fomentaría el alumbramiento de aguas, á fin de introducir nuevos cultivos, sobre todo el del trigo, que se importaba en su totalidad y encarecía el precio del pan (3). Porto-Ferraio tendría servicio de incendios, con un cuerpo de bomberos, y un paseo de árboles «como los Campos Eliseos», á donde los vecinos podrían ir á esparcirse los domingos. «Por doquiera se despliega una actividad hasta entonces desconocida. Los granaderos de la Guardia cooperan á todos los trabajos y se confunden con los obreros, á semejanza de aquellos soldados de César que trocaban la espada por la escuadra, el pico y el formón (4).» En todas partes

(1) PEYRUSSE, p. 241, y *Apéndice*, p. 54; PONS DE L'H., p. 94; *Registro de la isla de Elba*, núms. 37, 50, 69 y 136.—El Emperador vendió todos estos desechos por 77.802 francos.

(2) PONS DE L'H., p. 73; *Registro de la isla de Elba*, núm. 96.—El decreto se firmó el 13 de Octubre (CAMPBELL, p. 176), pero la idea databa ya del 22 de Mayo (*Correspondencia imperial*, 21.570).

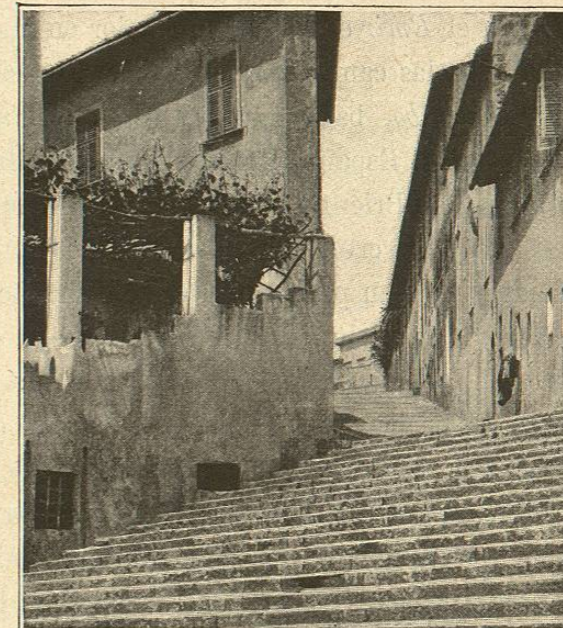
(3) VINCENT, p. 197 y 205; PONS DE L'H., p. 279; *Registro de la isla de Elba*, núms. 8, 9, 18, 26, 57, 66, 83, 86, 123, 156 y 175.

(4) MONIER, p. 52; PEYRUSSE, p. 249.—El párrafo comienza lo mismo en los textos de Monier y Peyrusse; pero como el libro de Monier se publicó antes, resulta Peyrusse el plagario.—CAMPBELL, p. 208.

se demuele y se edifica. Escultores llegados del continente esculpen chimeneas, jarrones y balaustres. Cuantos brazos no quieren permanecer ociosos encuentran ocupación, la isla se convierte en zumbeante colmena, y Pons, que se acuerda de los clásicos, exclama, como eco del sentimiento público: «Porto-Ferraio parece la Salento de Fenelón. La ilusión es completa.

Todo el mundo prospera. La industria yergue su radiante cabeza, el yunque vibra al golpe del martillo, el hacha corta sin cesar y la llana desconoce el reposo.»

Al mismo tiempo se había propuesto el Emperador adecentar á sus vasallos. Mandó sanear los cuarteles, cuyos hedores llegaban hasta los Molinos, desinfectar los en que habían estado leprosos, y reglamentó la



Una calle de Porto-Ferraio.

policía urbana, á cual efecto quedó invitado el ayuntamiento á ordenar el barrido de las calles y que todo propietario instalase letrinas, que serían vaciadas durante la noche. Los que continuasen tirando las inmundicias por la ventana, pagarían multa.

* * *

Con la Guardia habían llegado los caballos de batalla del Emperador á compartir el destierro de su amo. Cada uno de ellos recordaba una batalla, un glorioso acontecimiento del pasado.

Wagram, caballo árabe, gris plomo, lo montaba Napoleón el día de la batalla de su nombre. En cuanto su dueño entraba en la cuadra, se ponía á relinchar y rascar el suelo con las patas. El Em-